

Reportaje

Humanización

Dr. Rafael Polanco Delgado

Para ponernos todos de acuerdo, recurramos una vez más al diccionario y allí encontraremos que ‘humanización’ es «la acción o el efecto de humanizar o humanizarse». Ambos a su vez, son la acción y el efecto de fomentar que las personas hagan el bien. Es decir, nos hemos topado con la columna vertebral de nuestra existencia, siempre y cuando ésta se desarrolle en forma libre, sin trabas, cuando el fragmento más importante de nuestro conocimiento está constituido por la voluntad interna de un proyecto de vida.

Entramado social

Y si abundamos un poco más en el tema, no tardamos en caer en la cuenta de que estamos afrontando la acción personal, cuyo meollo está estrechamente ligado al carácter social del hombre y que se manifiesta por medio de la comunicación; éste es el instrumento por el cual el ser humano puede abrirse a los demás para intercambiar o compartir ideas, y al mismo tiempo nos permite el desarrollo de una tupida red interactiva y heterogénea que abarca todo nuestro que hacer.

Este trueque continuo, esta intercomunicación permanente, requiere cierta sensibilidad personal y se imbrica estrechamente en todas las formas vivenciales, mediante las cuales nos relacionamos con nuestro entorno natural. Precisamente es, en este entramado vital, durante nuestro viaje autónomo, cuando ocurre la búsqueda de un proyecto integral tanto en el plano individual como en el social, en donde, con nuestros secretos, dejando atrás conflictos, sorpresas, alegrías, decepciones, etcétera, vamos poco a poco despejando trabas, superando pruebas y, en definitiva, aclarando nuestro futuro.

Convivencia

Con base en relaciones creativas, en una complicidad sensible, con supremacía de la conciencia, la persona se interconecta espiritualmente dentro de su ámbito, con bases comunes de una justicia equilibrada. Esta circunstancia y la cooperación, el mutuo entendimiento, la flexibilidad creativa y la empatía, forjan el *modus vivendi* humano.

La humanización auténtica implica una convivencia pacífica que incluye soluciones sustentables a largo plazo. Se recurre al diálogo y se rechazan la imposición y la violencia, los conflictos se solucionan con eficacia porque la comunicación es efectiva, fluida, y siempre buscando llegar a algún acuerdo; de esta forma llevamos adelante una comprensión y apreciación común de la reconciliación y de la compensación.

Incluso podemos cuantificar el nivel de humanización de alguien, si valoramos su grado de participación en el grupo o en los ámbitos en donde se encuentra insertado, sus capacidades de interacción, o incluso su papel en la configuración de la comunidad.

Un estrapalucio bipolar

Tal vez, a consecuencia de la humana pluralidad, en forma real y a la vez paradójica, contemplamos cómo la humanidad, primordialmente en el ámbito tecnológico, se eleva a logros apenas soñados hace escasas décadas, tales como el del indescriptible fraccionamiento del átomo, la conquista del espacio extraterrestre, la transmisión de la imagen y de la palabra, en forma casi instantánea, alrededor de todo el globo; la victoria sobre insidiosas enfermedades, o la casi diaria posibilidad de lo que ayer nos parecía imposible.

Pero en forma simultánea, este mismo hombre es el protagonista del retroceso de la humanidad a niveles de barbarie que parecían olvidados en oscuras páginas de la historia. Él desarrolla planes y programas, efectúa acciones, no sólo directamente antihumanos sino también gravemente lesivos para los ecosistemas, y otros más que oscilan entre guerras no declaradas, genocidios, torturas, destrucciones sistemáticas, actos de terrorismo y muchísimas más bestialidades, nuevas o desconocidas en anteriores generaciones.

Y es que el hombre evoluciona en forma intraespecífica. Esta evolución no es de naturaleza corporal, pues en ese caso hablaríamos de mutación, pero sí se efectúa en el ámbito espiritual, e inició desde que el hombre lo es.